

## Nota de la autora

Durante gran parte del siglo xx, las ondas de la radio entretejen la vida de muchas personas. En la paz de los hogares, en mitad de las trincheras, en las oficinas, en los transportes públicos... la voz de los locutores ha acompañado a niños, jóvenes, mayores. La música, las noticias, las tertulias, los partidos de fútbol, las entrevistas a famosos y no tan famosos... ayudaban a saber, a divertirse, a enfadarse... a vivir.

Hay programas y profesionales que merecen un capítulo en los libros de Historia y los de microhistoria, esos que escribimos cada uno, día a día. ¿A quién no le acude a la mente una sintonía si piensa por un segundo? ¿Quién no ha visto a su padre o a su madre desesperados por sintonizar el dial para no perderse el final del partido o de una canción?

Esta historia, a pesar de ser explicada con tinta y no con voces, es un homenaje a todos ellos, los que hacían radio y los que la escuchaban... de la mano de Virtudes Leo, una mujer que descubre frente al micrófono y a través de las vidas de sus oyentes la verdadera razón de la suya, el amor y la realidad social y política que en ese momento atraviesa su país. Virtudes y su programa, el *Consultorio de la Señorita Leo*, se inspiran en el *Consultorio de la Señorita Francis*, un programa de radio que, durante décadas, acompañó a muchísimas mujeres españolas. Les aconsejó sobre belleza, problemas del hogar, mal de amores... gracias a la correspondencia que se estableció entre las oyentes y las diferentes profesionales que encarnaron a este personaje que muchísimos creían real. La Señorita Francis era hija de una época que ya pasó pero que muchos aún recuerdan, a veces con nostalgia, a veces con rabia o dolor.

Los personajes de *El alma de la radio* se declaran deudores de la Señorita Francis, pero se reconocen independientes. Su autora declara su admiración por todas las mujeres y hombres que sobrevivieron a aquellos años, muchas veces grises. Y por todos los profesionales que les acompañaron a través de la radio, tratando de dar lo mejor de sí, temporada a temporada.

# 1

## «Por eso digo adiós»

*Barcelona, 8 de junio 1977*

*Querida Señorita Leo,*

*Me llamo Elisa y es la primera vez que escribo una carta.*

*¡Ojalá no hubiera tenido que hacerlo nunca!*

*Se la envío a usted, pero en realidad va dirigida a mis padres. A ellos no tengo el valor de mandársela. Espero que puedan perdonarme algún día por lo que estoy a punto de hacer.*

*Estoy cansada y solo tengo diecisiete años. Pero es que cada día he vivido por dos y lo que es peor... sé que así será el resto de mi vida.*

*¿Se imagina usted lo que es eso?*

*Mis padres tuvieron gemelos, pero mi hermano murió con cinco años. Había nacido muy débil, con problemas de corazón.*

*Desde entonces, me convertí en la superviviente. No soy más que eso.*

*Haga lo que haga, él siempre está presente. Por muchos años que pasen, hay personas muertas que ocupan más espacio y hacen más ruido que las vivas. Cuando me miran, no pueden evitar pensar en él y reviven el dolor de su ausencia. Marco es la sombra pegada a mis talones y yo soy la sal que cae en la herida abierta de mis padres, que no les deja cicatrizarla.*

*Cada oportunidad que pierdo la pierdo para mí, pero también para él. Si desaprovecho una habilidad, la desaprovecho también para él. Cada sueño que no cumplo, cada error que cometo, cada...*

*Y lo peor de todo es que yo también echo de menos a Marcos. A veces creo que me estoy volviendo loca. Siento que lo voy a traicionar, porque yo tuve la suerte de quedarme con la vida, la de los dos.*

*Preferiría no haber llegado hasta aquí.*

*Necesito descansar, señorita Leo, espero que pueda entenderme.*

*Todo pesa mucho para mí.*

*Quiero descansar, papá y mamá.*

*No llores por mí.*

*Por eso digo adiós y os pido perdón.*

*Elisa*

Germán cerró los ojos.

Tumbado en su cama, trató de imaginar a la chica mientras escribía aquella carta tan triste. ¿Habría cumplido su amenaza? Tal vez, mientras él escuchaba sus palabras por la radio, Elisa ya no existía, como una estrella lejana que vemos, pero ya se ha extinguido.

La voz de la locutora lo había transportado a una pequeña habitación con las paredes de color celeste. Por algún motivo la imaginaba así. Allí, una chica de diecisiete años con mirada de cincuenta se inclinaba sobre una hoja de cuadritos, aferrada a su pluma con el mismo desespero que un náufrago se agarra a lo que queda de su barca.

Desde su oscuro cuarto en la pensión, Germán podía incluso ver las palabras de tinta emborronadas por las lágrimas

Unos golpes en la puerta le sobresaltaron.

—Abra inmediatamente —dijo una voz chillona al otro lado—. ¿Cómo se lo tengo que decir? No es la primera vez que se duerme con el pitillo en la mano... ¡Un día se quemará vivo! Y de paso a todos nosotros.

Germán contuvo la respiración y trató de no mover un solo músculo de su cuerpo. Había visto en los documentales que algunos animales del Amazonas, para escapar de sus depredadores, se pasaban horas en la misma postura. Si podía hacerlo un bicho cualquiera... ¿por qué no lo iba a conseguir él, un representante de la especie superior?

—No me tome por tonta, señor Gómez. Sé que está usted ahí —insistió la mujer—. ¿No me quiere abrir la puerta? ¡Pues abra el cajón de la mesita!

El solitario viajante siguió sin moverse.

No le hacía falta obedecer la orden para saber qué encontraría ahí dentro: una biblia de bolsillo y un papel plastificado que contenía los *Diez Mandamientos de la pensión La Perla*.

El quinto era: «No fumarás dentro del cuarto».

Germán abrió los ojos solo para confirmar que el humo del último cigarro enturbiaba aún la habitación. Sonrió con satisfacción. Desafiarse a doña Concepción y a su régimen tiránico en aquel piso de huéspedes de la Barceloneta le provocaba cierto placer.

Al otro lado de la madera, oyó la respiración entrecortada de su patrona.

Se la imaginó olisqueando su puerta como un perro sabueso.

—Un día tendremos un disgusto —murmuró la mujer mientras se alejaba cojeando por el pasillo—. Y todo será rechinar de dientes y lamentaciones...

Solo entonces Germán se atrevió a revolverse en su cama, dando la espalda a aquella voz agria. Luego se puso en pie.

Se dio cuenta de que, al colgar el traje en el armario, se había quedado abierto. El espejo interior le devolvía ahora su propia imagen: un varón de treinta y muchos, alto para los de su generación, hombros anchos y una promesa de tripa a corto plazo.

Un hombre sin mujer y sin hijos, pero con siete maletas descansando a sus pies.

«Poseo un reino de lencería, encajes, sedas y ropa íntima femenina», solía decir cuando pedía cama en las pensiones y hostales.

De más joven, cada semana había buscado clientes en una ciudad distinta. Y, por las noches, los compañeros de bar eran todos nuevos.

En aquellos primeros años solo era fiel a Chérie, aunque supiera que su relación se sustentaba en una mentira. La marca que representaba en exclusiva para el litoral mediterráneo presumía de ser «made in France». Así lo explicaba él en las pequeñas mercerías que visitaba a lomos de su Seat 1400.

—Estos sujetadores vienen de París, como los niños. Solo que a ellos los traen las cigüeñas y a esta maravilla de satén la traigo yo —repetía una y otra vez para embaucarlas.

Los primeros años, de tanto decirlo, casi llegó a creérselo, aunque los viajes a primeros de mes a la fábrica de Mataró le devolvían a la realidad.

Aquello le había resultado divertido hasta que dejó de serlo.

Quince años después, ya tenía sus puntos de venta fijos y a las dependientas les daba igual de donde venían los productos. Eran vistosos, salían bien de precio y a las clientas les gustaban, tres motivos suficientes para hacer pedidos generosos. Sus primeros compañeros de barra, viajeros como él, se acabaron casando y fueron sustituidos por otros con menos arrugas y una conversación que le sonaba a repetida.

Hacía tiempo que Germán prefería pasar las noches con su vaso de whisky Dyc en el cuarto, a solas con *la voz* y las historias que narraba su única posesión de valor: la radio.

Sintonizaba el dial con pericia y, mientras aguardaba el sueño, descubría vida y milagros de otros oyentes a través de sus cartas al consultorio radiofónico. Lo había descubierto por casualidad y, al principio, el morbo y el aburrimiento le llevaron a engancharse. Sin embargo, ni uno ni otro tenían ya importancia.

Era con *ella*, fuera quien fuera, con quien se citaba cada noche.

Con la presentadora del programa. O mejor dicho, con su voz, dulce pero con un punto seco que impedía que se hiciera empalagosa.

«Tienes una voz vivida», suspiró mientras se encendía el último cigarrillo de la jornada.

Mil y una noches había tratado de imaginarse cómo sería su amiga y cada vez el resultado era distinto.

«Ya no eres una treintañera, eso está claro», pensó.

Sin saber muy bien por qué, se la imaginaba con una melena castaña, no muy alta, y con una talla noventa de sujetador.

En su fantasía, la voz de la señorita Leo vivía en el centro de Barcelona. Había enviudado prematuramente y tenía dos hijos que iban a la escuela, tal vez a la Salle Condal, como su padre. Aunque era mujer, tenía que trabajar para llevar el pan a la mesa.

—Hoy te quiero así —le habló a la radio, exhalando círculos de humo.

Justo en ese momento, *la voz* repitió el nombre de Elisa, que desplazó a la locutora en los pensamientos de Germán.

—No lo hagas, chiquilla, no lo hagas... Espera un poco. ¿No sabes que en menos de veinticuatro horas todo puede cambiar? Aguanta, Elisa, te lo ruego. Solo unos días. ¡Espera! No tienes nada que perder. —Fueron las últimas palabras que el viajante lanzó a la noche anónima antes de quedarse dormido, sin saber si aquella chica aún podía escucharle.

## 2

### Vientos de libertad

Sole subió el volumen del aparato de radio.

Estaba fregando los platos de la cena y la voz de la locutora era su única compañía. Le había impresionado la carta de aquella chica porque tenía la misma edad que su hijo Toño, el mayor. Necesitaba oír qué le contestaban desde El consultorio de la Señorita Leo. ¡Era tan triste lo que contaba!

*Querida Elisa,*

*Tu carta me ha conmovido profundamente.*

*Haces muy bien en pedir ayuda, porque hay momentos de la vida en los que nuestras fuerzas no alcanzan y necesitamos otros apoyos.*

*Entiendo lo que dices sobre tu fatiga vital, porque el cansancio no es algo exclusivo de los adultos. También los niños y los adolescentes se sienten abrumados a veces ante las exigencias de la vida, como es tu caso ahora.*

*Tus padres y tú misma habéis tenido que pasar una prueba muy dura desde la muerte de tu hermano gemelo. Su pérdida es una ausencia que siempre llevaréis con vosotros, pero no por eso debes negarte el permiso de ser feliz.*

*Por favor, Elisa, no te precipites. Tendrás tiempo de descansar de aquí a setenta años o más, cuando hayas vivido todo lo que tienes que vivir, que es mucho.*



*Puede que ahora mismo no veas la luz fuera del pozo, pero te aseguro que esa luz existe. Hasta ahora solo has conocido la tristeza y la desesperación, pero fuera te esperan nuevas experiencias, un futuro profesional para realizarte y también el amor, sí, un chico que te va a dar todo el cariño que necesitas y te ayudará a cerrar las heridas.*

*No abandones la lucha, Elisa, no dejes de caminar hacia delante. No es el momento de decir adiós. Es tu hora de vivir.*

*Con mucho cariño,  
Virtudes Leo*

Sole no había perdido ningún hijo. Tenía cuatro tesoros que le daban algunos disgustos y muchas alegrías. Su segundo hijo se llamaba Ramón, y tenía trece años. El tercero, Miguel, acababa de cumplir diez y Esteban, el más pequeño, tenía siete y fue un último intento de conseguir la niña.

Después, por fin, su marido se cansó de buscarla.

No paraba de dar gracias a Dios por ellos. Si no los hubiera tenido, quizás ya no estaría un martes por la noche allí.

«Como Elisa, yo también estoy muy cansada. Pero mis cuatro mosqueteros son suficiente motivo para seguir al pie del cañón», se dijo mientras untaba mantequilla en los bocadillos que se llevarían al colegio al día siguiente.

Sole tenía cuatro rosas y una sola espina clavada en el corazón, pero tan grande que había conseguido desangrarla.

Hacía veinte años que estaba casada con Antonio. No había conocido a ningún otro hombre. Con solo dieciséis años ya eran novios.

Se habían conocido en el taller donde los dos trabajaban: ella era aprendiz de costurera y él, chico de los recados. Su madre le dijo que podía aspirar a más. Pero a ella su pelo negro engominado y sus andares de *dandy* la deslumbraron. Tras dos años y algunos meses de noviazgo, él le pidió que se casaran. Eran las fiestas de su barrio, Gracia. Estaban bailando en la plaza, cuando él pidió a la orquesta que le dejaran subir al escenario.

—Soledad, ¿quieres compartir conmigo todos los bailes de tu vida?

Tantos años después aún recordaba perfectamente el momento en que firmó su sentencia con una sola palabra: «Sí».

Se casaron cuando ella tenía diecinueve años y, al principio, como en las novelas, todo fue de color de rosa. Su marido le pidió que dejara de trabajar para otros y que lo hiciera solo para la familia que formarían juntos.

Ella lo hizo con gusto, porque eso mismo había hecho su madre antes. El primer hijo fue muy bien recibido. En el segundo embarazo fue cuando todo se empezó a complicar. Su marido quería a toda costa que fuera una niña, pero no estaba en su mano complacerlo.

A Antonio se le agrió el carácter. Empezó a beber. El nacimiento del tercer varón empeoró aún más las cosas. Empezó a culparla de todo lo malo que le sucedía: si se le averiaba el coche o su equipo de fútbol no ganaba el partido. Perdió su trabajo en el taller debido a sus ausencias injustificadas y Sole creyó que ese sería su fin. Le faltaba al respeto constantemente y, aunque aún no le había dado una paliza, varias veces se había llevado un cachete.

Entonces se quedó embarazada del cuarto y un vecino, que se apiadó de ella, le ofreció a su marido un trabajo de guardián de noche en una fábrica.

Para ella y sus hijos, supuso un respiro.

Solo coincidían con él los domingos. El resto de días, apenas se cruzaban.

La calma que reinaba en su hogar era de cartón piedra, pero Sole hacía tiempo que se conformaba con muy poco.

—Mamá, ¿puedo escuchar un rato la radio contigo? —dijo su hijo mayor, asomándose por la puerta.

Ella sonrió. Toño era tan guapo como su padre lo había sido de joven. Tenía el mismo pelo negro, pero no se le parecía nada en el carácter: era muy cariñoso.

—¿Y los pequeños?

—¡Ya duermen!

Sole asintió y su hijo se coló en la cocina.

—¿Quieres un vaso de leche caliente con cacao? —le ofreció.

Cinco minutos después, los dos mojaban galletas, sentados frente a frente. En riguroso silencio, escuchaban la canción que en ese momento sonaba en la emisora:

*Dicen los viejos que en este país hubo una guerra y hay dos  
Espanñas que guardan aún, el rencor de viejas deudas.  
Dicen los viejos que este país necesita palo largo y mano  
dura para evitar lo peor...*

Sole miró a su hijo que, en ese momento, parecía a punto de consultarle algo. El chico dudó y ella le sonrió para animarlo.

Toño preguntó casi en un susurro:

—¿Tú te acuerdas de la guerra?

La pilló desprevenida. En casa jamás hablaban de política: ella y su marido nunca habían querido meterse en líos. Sin duda, el ambiente de las últimas semanas había hecho mella en su hijo.

—Yo era muy pequeña, Toño —suspiró—. Nací en plena guerra, así que no tengo recuerdos... Los abuelos son los que se acuerdan, pero no les gustará que les preguntes. ¿Sabes? Hay cosas que es mejor no tocar.

Le pareció que su hijo la miraba de lejos.

En la radio, el grupo Jarcha seguía cantando:

*Pero yo solo he visto gente que sufre y calla, dolor y miedo.  
Gente que solo desea su pan, su hembra y la fiesta en paz.*

*Libertad, libertad sin ira, libertad. Guárdate tu miedo  
y tu ira porque hay libertad sin ira, libertad, y si no la hay,  
sin duda la habrá.*

«Ojalá fuera posible eso: libertad sin ira» se dijo Sole mientras se secaba los labios con su servilleta.

—Así que nunca has votado en unas elecciones —murmuró su hijo.

—No, cariño. Las últimas se celebraron hace cuarenta y un años... ¡y yo solo tengo cuarenta, aunque a ti te parezca mucho más vieja! —respondió tratando de hacerle sonreír.

—¡Me da tanta rabia no tener veintiún años! No podré votar.

Lo miró y le pareció que se había hecho mayor de golpe.

«Vivimos tiempos extraños que nos hacen madurar a todos», se dijo.

Sole había crecido tranquila. Tras las dificultades de la posguerra, de la que ella apenas se acordaba, los mayores de su familia la habían cubierto con un manto de silencio y desmemoria que había sido muy útil a todos para sobrevivir durante la dictadura.

Con orden, seguridad, algo de pan y trabajo, los gobernantes habían comprado los recuerdos de sus padres y tíos, pero también los de muchos de sus vecinos y conocidos.

Cuando llegó a la edad de tener su propia opinión, el amor le evitó verse en la obligación de expresarla. Antonio sabía de todo y mucho más que ella. Él se encargó de explicarle cómo eran las cosas y la descargó de cualquier responsabilidad más allá de lo que pasaba entre las cuatro paredes de su casa. Con el tiempo, sus propios problemas le impidieron prestar atención a lo que sucedía en las calles o en las casas de otros.

Y así se le habían pasado los años hasta que el veinte de noviembre todo se había precipitado: el dictador Francisco Franco había muerto. Las fichas del dominó cayeron y, finalmente, el veinticuatro de mayo, el presidente interino Adolfo Suárez había convocado elecciones.

Por primera vez en su vida, tenía que tomar una decisión «política» y eso le generaba desasosiego.

—¿Tú ya has pensado a quién votarás, mamá? —le preguntó Toño, clavándole una mirada intrigada.

—Yo de esas cosas no entiendo y le preguntaré a tu padre...

—¡Mamá! No pongas excusas. Cada persona, un voto —dijo vehementemente su hijo—. ¿Quién te gusta más?

Ella se encogió de hombros. Se levantó y le dio la espalda a su hijo mientras trasteaba. No quería que la viera dudar.

En los últimos días, los diferentes candidatos se habían dedicado a hacer campaña y, quisieras o no, se metían en tu vida.

Recordó con emoción la mañana que toda su calle apareció llena de carteles. Eran las ocho y tenía que acompañar a los pequeños al colegio. Frente a su portal, sonreía el presidente en funciones, bajo el lema «Los hombres que hacen posible la democracia».

La hija veinteañera de una de sus vecinas salía en ese momento por la puerta y le espetó:

—Ya dice bien el tío, «los hombres de la democracia». ¡En su lista van treinta y dos candidatos y una candidata! Ya le vale.

A ella le inspiraba confianza aquel hombre. No lo había hecho tan mal hasta ese momento. Además, los cambios repentinos no le gustaban. «Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer», solía decir su madre. Y a ella le parecía que tenía mucha razón.

—Es difícil elegir... —dijo acordándose de otro candidato, aquel chico joven y guapo que se presentaba por el PSOE.

Era bastante moderado y, cuando hablaba, encandilaba a los ángeles. «La libertad está en tu mano», proclamaba.

—Eso es cierto. ¿Sabes cuántos candidatos se han presentado a las elecciones? —le preguntó entusiasmado su hijo, y sin esperar respuesta añadió—: ¡Más de 5.300!

—¡Dónde iremos a parar!

—Y el congreso solo tiene 350 diputados... Sole miró a su hijo sorprendida.

—¿Cómo sabes tú todo eso?

Toño, feliz, respondió:

—Nos lo ha explicado en clase el profesor de Historia. Y también nos ha dicho que pueden votar más de veintitrés millones de españoles.

Sole sintió una punzada de orgullo. Ese chico aplicado era su hijo. Sería el primer Martínez que llegaría a la Universidad. ¿Se licenciaría como abogado? ¿Maestro?

La voz del locutor, que en ese momento hablaba del Partido Comunista, captó su atención. Estaban escuchando un programa especial con motivo de las elecciones.

Miró a su hijo y vio como asentía con la cabeza. Aquello, a ella, no le había dado buena espina. Una cosa era Felipe González, con su sonrisa y su suave acento andaluz, o incluso Tierno Galván, que se presentaba por el Partido Socialista Popular y que tenía pinta de profesor ecuánime, y otra muy diferente aquel Carrillo, del que se contaban muchas historias feas.

¿Sería el profesor de Historia de su hijo uno de aquellos maestros republicanos represaliados que les llenaban la cabeza de pájaros?

—Esta fiesta es nuestra. Es a nosotros a quienes nos preguntan. Abrimos nuestras líneas para que opinen todos aquellos que nos escuchan en esta última noche antes de las votaciones. Este es un momento histórico y queremos saber cómo lo viven los ciudadanos —dijo una voz exaltada a través de las ondas.

De fondo empezó a sonar una canción que Sole reconoció inmediatamente. ¡No habían parado de pasarla por la radio en las últimas semanas!

*Habla, pueblo, habla. Tuyo es el mañana. Habla y no permitas que roben tu palabra. Habla, pueblo, habla. Habla sin temor, no dejes que nadie apague tu voz. Habla, pueblo, habla. Este es el momento, no escuches a quien diga que guardes silencio. Habla, pueblo, habla. Habla, pueblo, sí. No dejes que nadie decida por ti.*

Se oyó el timbre de un teléfono y el locutor dio paso a una primera llamada.

—Trabajador, ¡el partido comunista es tu partido! Amas de casa, obreros, campesinos, jóvenes...

—Disculpe, este espacio no es un espacio electoral. Estamos en jornada de reflexión y no se pueden expresar opiniones políticas —dijo el locutor.

Sin inmutarse, el otro continuó:

—No permitáis que os digan lo contrario: votar comunista es votar democracia. Votar porque todos seamos iguales, porque podamos ir por la calle sin mirar quién nos sigue, porque...

La sintonía del programa interrumpió el improvisado discurso, para dar paso a otra llamada.

—Buenas noches, ¿con quién hablamos?

—Me llamo Roberto Romanones de Ruiz. Nacido en 1920 en una aldea de Ourense de la que nadie ha oído hablar.

—Buenas noches, don Roberto. ¿Quiere compartir con nosotros cómo vive estas horas?

—Con miedo, muchísimo miedo. Esto es el fin.

—¿Perdone?

—¿No los ha oído? ¡Vienen pidiendo venganza! Traen el caos. ¡Suárez ha sido un blando al legalizar a los comunistas!

Sole recordó entonces como, unos meses atrás, Santiago Carrillo había entrado a escondidas en España. Provocó su detención y, al hacerlo, el presidente Suárez se había visto obligado a tomar una decisión sobre la legalización del partido.

Se espantó al imaginar lo que podía ocurrir cualquier día en cualquier calle. En las ondas, alguien tenía el mismo sentimiento que ella.

—Don Roberto, cálmese.

—Hicimos una guerra... ¿para esto? Los echamos una vez. ¿Tendremos que derramar otra vez sangre para...?

Un nuevo corte sorprendió a los oyentes. Esta vez, un anuncio de champán acabó con el oyente de ánimos caldeados:

«Negro como la noche, oro como el fuego. Cordón negro».

La verbena de San Juan estaba a las puertas. Y ni las primeras elecciones ni todos los políticos del mundo impedirían que ella, Sole de Martínez, preparara su famosa coca un año más. Así se lo prometió a Toño antes de enviarlo a dormir.

«Mi primera coca democrática» se dijo mientras cerraba la luz y la puerta de su cocina con una sonrisa.

# 3

## El primer paso

Aquel era un miércoles muy poco miércoles, pensó Aurora mirando por la ventanilla del autobús. «Tiene aspecto de domingo», murmuró para sí.

Se había sentado, como cada día, en el asiento de la última fila, cerca de la ventana. Desde su casa en San Gervasio al trabajo, en la calle Caspe, tenía más de media hora de trayecto y estaba decidida a aprovecharla bien. En aquel rincón conseguía volverse invisible y concentrarse en sus papeles... O al menos, lo había conseguido todos los días hasta ese.

Habitualmente, entraba en la emisora sobre las cinco de la tarde y salía a las doce de la noche. Sin embargo, aquel día todo era diferente. Incluso su horario.

Eran las once de la mañana y la calle Balmes, pasada la plaza Molina, estaba completamente atascada. Los coches y motos se movían lentos, como si fueran en procesión. «Pero una procesión muy alegre», se dijo al oír las bocinas y las canciones que escapaban por las ventanillas bajadas.

Al llegar a la altura de la Avenida Diagonal, el autobús se detuvo en seco. Cientos de personas habían cortado la principal arteria de la ciudad. Chicos jóvenes se fundían en abrazos con ancianos desconocidos, amas de casa con profesores de universidad y obreros con artistas, mientras cantaban felices.

Aurora suspiró, apartó la vista de la calle y se concentró en el sobre que tenía entre las manos. Era una de las misivas que los psicólogos



habían seleccionado para el programa de ese día y que ella esperaba que no hubieran echado en falta, porque no era bueno que esas historias andaran viajando por la ciudad. Se sintió algo culpable, pero pronto algo llamó su atención haciendo que lo olvidara. Llevaba dibujado el marco rojo y azul de las cartas que viajaban en avión.

Miró los sellos. Unas coronas y la palabra *Sverige* no dejaban lugar a dudas: venía de Suecia. Con delicadeza, los recortó con los dedos.

«Seguro que estos no los tiene Nicolás», sonrió al pensar lo contento que se pondría su hermano cuando se los llevara el domingo.

Abrió el sobre y, como siempre le ocurría, se perdió entre unas cuantas líneas torcidas que alguien había escrito con pulso nervioso.

*Querida señorita Leo,*

*Me llamo Manolo Carretero Ruiz.*

*Al acabar la guerra, y por razones que no vienen al caso explicar, abandoné España. Dejé atrás dos sobrinos huérfanos, hijos de mi hermana Catalina.*

*Animado por los cambios que vive nuestro país, me dirijo a usted. Me han hablado de su programa los familiares de otros emigrantes. Me han contado que usted trata de ayudar, dar consejo... no sé si puede ayudarme a mí, pero no me quedan muchas otras opciones. Quisiera saber de mis sobrinos. Las cosas me han ido bien aquí, en Estocolmo. He juntado algo de dinero. Aunque tuve algunas mujeres, no he llegado a formar mi propia familia.*

*Me hago mayor y quisiera contactar con ellos para darles lo que les corresponde. En su día, quedaron en el hospicio de un convento de Badajoz. Contacto con usted para que me ayude a encontrarlos...*

Aurora levantó la vista de aquel pedazo de vida. El autobús había dado un frenazo. El chófer, contagiado de los nervios generales, conducía peor que nunca.

Miró a través de la ventanilla y vio un montón de gente haciendo cola frente a uno de los colegios electorales que ese día salpicaban el mapa de la ciudad. Algunos aguardaban muy serios. Se habían vestido para la ocasión y parecían sacados de algún retrato de boda. Otros, en cambio, reían y saltaban. Sus caras mostraban los estragos de una noche sin dormir.

«Cierto, Manolo, nuestro país vive cambios. Pero ¿serán definitivos?», se preguntó Aurora mientras imaginaba como todos aquellos ciudadanos, en cuestión de minutos, estarían introduciendo una papeleta en una urna. «La mayoría de ellos, por primera vez. Quizás se hagan una foto para enseñársela a sus hijos cuando los tengan», se dijo emocionada.

En ese momento, pensó en sus padres y en cómo les hubiera gustado haber vivido ese día. Desde que se había levantado a las siete de la mañana no dejaba de acordarse de ellos.

Por eso mismo, a las nueve había sido de las primeras en bajar al colegio electoral. Dentro de su bolso, junto al sobre con su voto, había colocado una foto que conservaba de los dos juntos. Era su favorita: se les veía mayores, de la mano y sonriéndose el uno al otro.

«Así ellos también han vuelto a votar hoy», le había explicado muy seria a Paquito. Este la había mirado con sus ojos inexpresivos y redondos antes de empezar a repetir como de costumbre:

—¡Hola, Caracola!

Una vez más, había confirmado que su loro era muy poco sensible a los momentos históricos.

Dos minutos después, estaba inmersa en otra misiva, totalmente diferente.

*No sé qué hacer, Señorita Leo.*

*Él es un hombre casado y yo soy una mujer decente. Hace más de diez años que soy su secretaria y, hasta ahora, jamás se me había insinuado.*

*Hace cosa de tres o cuatro meses, empezó a hacerme regalos. Al principio, eran tonterías, pequeños detalles. Un lunes, tenía*

*una rosa en mi mesa. En otra ocasión, que viajó a Suiza por negocios, me trajo una caja de bombones. ¡Es que el chocolate es mi perdición! Incluso me ha invitado un par de días a comer, con la excusa de que teníamos mucho trabajo. Y aunque no pasó nada, ¿por qué tuvimos que comer en un reservado?*

*Eso debería haberme hecho sospechar, pero como en tantos años no había pasado nada...*

*Hace un par de semanas, ¡la cosa cambió! Con la excusa de hacer unos balances, me hizo quedar hasta muy tarde en el despacho. Estábamos los dos solos. Mientras yo repasaba unas cuentas, él se sitió a mi lado y, como quien no quiere la cosa, puso su mano en mi cintura.*

*¿Y qué cree que pasó? Nada. Ni él ni yo hicimos ningún gesto.*

*De ahí no pasó, pero desde entonces, noto su mirada sobre mí. Y, las mujeres, señorita Leo, entendemos muy bien las miradas y su significado.*

Aurora suspiró. Llevaba más de diez años en el programa. ¿Cuántas cartas como esa habría leído ya?

«Secretarias solteras, jefes casados... ¡se repite más que el ajo!», se dijo un poco enfadada.

Aquellas historias no le gustaban: no solían acabar bien y, por muchos consejos que la señorita Leo les diera a aquellas chicas, se tenía, pocas veces los seguían. Consejos que, muchas veces, se dictaban con un ojo puesto en la censura, que tenían un olor a rancio y naftalina, pero otras veces eran puro sentido común.

La mayoría de cartas que leía en el aire eran de amor y desamor, de primeros recuerdos y de últimos, de infidelidades y lealtades más allá de la tumba. De novias celosas que se desesperaban por no recibir cartas de sus novios que estaban en la mili, de muchachas soñadoras que hablaban sobre príncipes azules o de chicos tímidos que no se atrevían a declararse a sus vecinas o a las hermanas pequeñas de sus mejores amigos.

Al principio, leer alguna de ellas era como echar sal en la vieja herida que cruzaba su corazón. Le parecía descubrir entre líneas a una joven e inexperta Aurora, perdidamente enamorada, y a punto de dar un paso del que se arrepentiría el resto de su vida.

En cambio, las notas de hombres casados con extrañas fantasías, de amas de casa que llevaban una doble vida o de personas que no se atrevían a confesar que les gustaban los de su propio sexo la entretenían.

Algunas veces, la sorprendían historias de madres preocupadas por hijos fuera de control, o de viejos amigos que se buscaban tras años de separación.

«Quién me hubiera dicho, cuando me licencié en Filosofía y Letras, que acabaría haciendo algo así...», se dijo justo cuando el autobús enfilaba la calle Pelayo.

Un montón de furgonetas de la policía habían bloqueado la esquina con las Ramblas. Un silencio sepulcral ocupó el autobús.

El chófer aminoró la marcha y, por radio, consultó a la central qué estaba pasando. La respuesta llegó entrecortada, pero todos pudieron oírla. La extrema derecha había hecho detonar pequeños explosivos. En diferentes ciudades, los cuerpos de seguridad estaban desactivando bombas.

«No podía ser tan fácil», pensó Aurora mientras la recorría un escalofrío.

Tras bajar del autobús, cruzó la Plaza Cataluña, abriéndose paso entre palomas en desbandada, turistas y barceloneses que corrían de un lado a otro. El escalofrío la abandonó al ver la alegría que la rodeaba.

Para que la gente pudiera votar, en los trabajos se habían concedido permisos retribuidos. Estaba claro que la gente había decidido aprovechar aquel regalo para ejercer su derecho recién estrenado, pero también para tomarse un café o pasear.

Aquel día no dejaba de ser festivo, como pudo comprobar nada más puso el pie en los estudios de radio.

Don Ramón, el director del programa, la esperaba con una copa de champán en la mano, eufórico.

—Aurorita, hoy no puedes negarte. Hoy te tomas conmigo una copa —le dijo guiñándole el ojo.

Su corbata torcida y las ojeras que lucía le inspiraron ternura. Su jefe era un hombre extremadamente pulcro y, a pesar de ser viudo y sin ninguna mujer en su vida, tenía a gala ir siempre muy limpio y planchado.

«Sin duda, esta última noche sin democracia ha sido muy larga», pensó Aurora.

Lo imaginó en el estudio, rodeado de otros veteranos periodistas, temiendo hasta el último minuto que los militares sacaran los tanques a la calle y acabaran con aquel sueño de libertad. Entre coñac y tabaco, habrían dejado resbalar la noche, pegados a los teletipos.

—Está bien. Hoy acepto —dijo sonriendo y a la vez segura de que, al día siguiente, subiría de nuevo a su trono de mujer inaccesible para no darle ilusiones a don Ramón.

Se encaminaron hacia el estudio en el que cada día se grababa *El consultorio*.

Allí, sus compañeros parecían adolescentes en pleno guateque. Habían empezado la fiesta hacía un buen rato. El más joven de todos, Michael, un psicólogo de madre inglesa, hacía de barman en la barra improvisada sobre la mesa. Su compañera Anita, grafóloga y psicoanalista, sintonizaba emisoras en diferentes aparatos de radio.

Las voces de los locutores, en castellano y de cuando en cuando alguna en inglés, se mezclaban con los cantos de Mario, el técnico de sonido, un hombre habitualmente serio y taciturno.

«Hoy es un miércoles muy poco miércoles», volvió a repetirse Aurora, mientras apuraba su copa tras brindar con todos ellos.

—Muchachos, ¡vamos a hacer historia! Todo está a punto de cambiar —dijo don Ramón, ceremonioso—. Todo menos este programa, que debe empezar en tres, dos, uno...

—¡Estamos en el aire! —gritó Mario.

En ese momento, la bombilla roja del estudio de grabación se encendió.

Un silencio profesional se adueñó del pequeño espacio.

Unos labios perfectamente delineados y pintados de rojo, sensuales pero no muy carnosos, se acercaron al micrófono y, en plena mañana, desearon buenas noches.

Eran los labios de Aurora.